

Juan Esteban Ugarriza y Nathalie Pabón Ayala. **Militares y guerrillas. La memoria histórica del conflicto armado en Colombia desde los archivos militares, 1958-2016.**

Bogotá: Universidad del Rosario, 2017, 328 pp.

Óscar Calvo Isaza*

En la portada del libro *Militares y guerrillas* un soldado dispara una ráfaga de grafito con un lápiz que tiene en el lugar del fusil. En una entrevista reciente el director de *El Tiempo*, Roberto Pombo, dejó en el aire una conversación que ayuda a entender el significado de esta imagen: “me dijo un militar el otro día [...] ‘el que pierde la guerra de la historia, pierde la guerra militar’”.¹ Después de la publicación del informe *¡Basta Ya!* por el Centro Nacional de Memoria Histórica (2013), escribir su versión de la historia se convirtió en una obsesión para los militares colombianos, cuyo sector modernizador —hoy dominante entre los altos mandos— ha acompañado la visión de la negociación política con la guerrilla como victoria hegemónica del Estado y ha creado diversas instituciones castrenses, entre las cuales se destacan el Comando Estratégico de Transición de las Fuerzas Militares y el Centro de Investigación en Conflicto y Memoria Histórica Militar, dedicadas a preservar su legitimidad.²

Durante las negociaciones de paz con la insurgencia, a partir de un aprendizaje de otros países, los militares colombianos han ejecutado una operación para organizar y depurar los archivos militares con la colaboración de un nutrido grupo de científicos sociales e historiadores, con el objetivo explícito de hacer valer su propia visión de la historia y otro implícito de evitar que el desorden de sus registros propiciara causas judiciales o narrativas históricas sobre la violación sistemática de

* Profesor Asociado, Departamento de Historia, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Miembro del Grupo de Investigación en Historia Social, Universidad de Antioquia / Universidad Nacional de Colombia.

1. Juan Carlos Irigorri, “‘Marta Lucía Ramírez y Vargas Lleras se disputarán la Presidencia’: Roberto Pombo”, 20 de noviembre de 2017. <http://www.semana.com/nacion/multimedia/marta-lucia-ramirez-y-vargas-lleras-se-disputaran-la-presidencia-roberto-pombo/548059> (21/11/2017).
2. José Luis Esparza Guerrero, “La memoria histórica del conflicto armado en Colombia: un esfuerzo nacional por alcanzar la paz. Segunda parte”, *Revista Fuerzas Armadas* 233 (2015): 10-15.

los derechos humanos que empañaran lo que consideran una victoria indiscutible. No en vano, en diciembre de 2017 los altos mandos de las Fuerzas Militares se mostraron confiados y dispuestos a la consulta de sus archivos para cumplir con el mandato de la comisión de la verdad, aunque sin mencionar la desclasificación o el acceso público a los documentos.

Juan Esteban Ugarriza y Nathalie Pabón indican que “el Comando General de la Fuerzas Militares y el Departamento Jurídico del Ejército dispusieron de once equipos regionales encargados de la recolección de los archivos militares que fueron usados en este libro. En cada archivo, se revisaron las secciones generales, de operaciones, de inteligencia y de derechos humanos, además de los libros de anotaciones” (p. 322). Según los autores, dichas instituciones respetaron su autonomía, sin interferir en la revisión, análisis e interpretación de la información, de forma que la obra se presenta como un producto de investigación independiente: “no somos militares contando la historia sino terceros académicos. Esto nos permite construir una versión sin pretensiones ideológicas, pero, a la vez, nos limita en la capacidad de reflejar el sentir y la vivencia de los combatientes” (p. 8). La actualidad del libro editado por la Universidad del Rosario es indiscutible, pues salió de la imprenta en mayo de 2017 en pleno proceso de implementación del acuerdo final firmado entre el gobierno colombiano y las Farc-ep.

El propósito del libro es presentar la memoria histórica de los combatientes y para el efecto describe detalles desconocidos sobre la guerra en Colombia entre 1958 y 2016. Enfatiza los cambios tácticos, operacionales y estratégicos del conflicto vinculados con factores políticos y jurídicos, las relaciones con la población civil y otros factores dinamizadores como el narcotráfico, los “ejércitos privados” y los contextos socioeconómicos regionales. Los autores clasifican el texto como una contribución a la memoria histórica, porque corresponde a la versión de la guerra que emana de los archivos institucionales del Ejército. Una mirada que a pesar de incorporar sistemáticamente las fuentes documentales militares “no puede valorarse como ‘la verdad’ de lo que pasó” (p. 3), sino que aspira a ser revisada, reconstruida para dar lugar a otras memorias.

Puede resultar extraña la pretensión de estudiar guerrilleros y militares solo a partir de documentos extraídos de los archivos militares, complementados con algunas entrevistas a oficiales del Ejército. Sin embargo, el objetivo del libro no es comprender a los guerrilleros de forma equivalente a los militares, sino mostrar cómo se construyeron, históricamente, ambas partes en su interacción. La contribución fundamental del libro a la historiografía colombiana radica en señalar “el aprendizaje mutuo” (p. 144), de manera que frente a las innovaciones del accionar insurgente los militares aprendieron de sus errores y se adaptaron táctica, operacional y estratégicamente hasta alcanzar la victoria. Este proceso de aprendizaje de los militares se sintetizó en los planes Patriota, Consolidación y Espada de Honor, que desarrollaron una estrategia doble del Estado colombiano de empleo masivo de la fuerza y búsqueda de una salida política negociada; una aparente contradicción que se resolvió por el sometimiento armado de la insurgencia para aceptar su

desmovilización en las condiciones del gobierno, como en efecto sucedió con el desarme de las Farc-ep en 2017.

El renovado interés en los estudios militares es legítimo, necesario y oportuno en Colombia, pues se ocupa de un objeto que no ha sido tan investigado por las ciencias sociales y humanas como la insurgencia guerrillera. El libro es valioso para los especialistas y estudiantes en varias disciplinas. Somete al debate un relato coherente sobre la historia del conflicto armado y señala nuevas fuentes para su estudio que no se ocupan del sufrimiento de la población civil —como los informes del Centro Nacional de Memoria Histórica—, sino de la perspectiva de los combatientes. El texto también tiene interés para la formación de los oficiales y suboficiales de las fuerzas militares, pues, aunque representa una visión crítica y quizá heterodoxa para los sectores castrenses más conservadores, ofrece un relato inteligible y legitimador del conflicto armado desde la perspectiva de sus instituciones, con un lenguaje próximo a su accionar cotidiano y plagado de lecciones operacionales para su formación en las escuelas de guerra. Es un libro de lectura obligada no solo por sus méritos académicos, sino porque evidencia algunos de los problemas metodológicos y éticos que surgen cuando se busca continuar la guerra por medio de la historia.

“El valor principal de esta reconstrucción es el uso profuso de fuentes primarias inéditas, particularmente documentos militares oficiales y otros incautados a los grupos guerrilleros, todos provenientes de los archivos de las Fuerzas Militares” (p. 8), dicen los autores. El error metodológico del trabajo es que trata estas fuentes, entre ellas copiosa información de inteligencia, como si fuesen testimonios de memoria histórica, es decir, como si la finalidad de los documentos fuera la memoria de la guerra y no la comunicación operativa que hace posible la guerra. Lo importante no es que sean observaciones parciales de la realidad, subjetivas u objetivas, sino que los documentos tienen una función táctica, operativa y estratégica que no se puede confundir con el llamado a hacer memoria. En esta medida el libro puede ser mejor valorado como una historia institucional o como una historia militar.

Contrario a lo afirmado por los autores, sí hay una narrativa coherente que articula las diversas partes y precede el uso de las fuentes. Es una narrativa simple, pero poderosa y muy común en la historia militar de América Latina: el comunismo decidió tomarse el poder por las armas y los militares se vieron obligados a defender el Estado de derecho (pp. 9, 27 y 315). Parece que el descubrimiento de nuevos acervos documentales solo reafirmara una tesis preconcebida. Esto podría ser el resultado de acoger pruebas que apoyan esta narrativa y subestimar otras contrarias, pero es difícil saberlo, porque las unidades documentales a las cuales se refiere el texto no pueden verificarse de forma independiente. Esto obedece al poco rigor técnico en las referencias de pie de página y su falta de correspondencia con el listado de archivos. Pero en realidad esta falta de pericia resulta irrelevante, porque en la actualidad, según disposición legal, los archivos militares en Colombia están clasificados, es decir, la información aportada no puede ser contrastada o

contestada como parte de un ejercicio público de la historia. ¿Por qué el libro no dice nada al respecto?

Los autores insisten en que el valor del libro es poner “sobre la mesa” las fuentes y la perspectiva de los militares. Sin embargo, además de basarse en materiales que no están sobre la mesa, sino clasificados, el libro no reconoce que la investigación fue financiada por los militares, que los investigadores fueron contratados por el Ejército y que esta relación contractual, aunque estableció la independencia de los contratistas, también definió cómo y bajo qué parámetros tuvieron acceso a las fuentes (acuerdos de confidencialidad, estudios de seguridad y comprobación de lealtad, entre otros).³ Es posible creer la afirmación sobre la independencia académica de los investigadores, pero también es legítimo preguntar si esta investigación hace parte o no del Plan Estratégico de Transición de las Fuerzas Militares. Estos son aspectos éticos y académicos que no aparecen explícitos en ningún lugar del texto, de manera que dejan preguntas abiertas para los autores del libro, los pares que lo evaluaron y la editorial universitaria que lo publicó.

Para tomar en serio el planteamiento de los autores sobre una construcción a partir del diálogo, una interpretación parcial que aspira a ser revisada, reformulada para dar lugar a más y mejores verdades a partir del debate, es necesario exponer la evidencia y dejar en claro los objetivos que se persiguen. Son bienvenidos los soldados de Clío, las voces de sus combatientes o sus archivos institucionales a la lucha simbólica, al debate público por el sentido de la historia que sabemos tiene efectos reales, aunque limitados, en el conflicto por el poder. Para que su esfuerzo sea aceptable en términos del conocimiento, las pruebas deben ser susceptibles de ser confrontadas y quedar sujetas a un escrutinio público, no empleadas de forma encubierta según las mismas prácticas de la inteligencia, la guerra psicológica y las campañas cívico-militares. Si quieren participar en el diálogo deben plantear de forma abierta sus intereses y abrir sus archivos, asumir el riesgo de que otras personas puedan contradecirlos, contar otras historias con materiales idénticos y, quién sabe, quizá en el debate, con las mismas pruebas u otras no expuestas, hacer valer verdades inconvenientes. ¿Están dispuestos los militares colombianos a asumir el riesgo de la historia? Esta es una pregunta que deja en el aire y sin respuesta, entre los pies de página y el listado de archivos, la publicación del libro *Militares y guerrillas*.

DOI: 10.17533/udea.trahs.n12a09

3. Procesos contractuales “107-CENAC-PERSONAL-2016” y “197-DIPER-2016”, Ejército Nacional. www.contratos.gov.co (15/01/2018).